

CARTA PASTORAL NÚMERO 17

- Jesucristo es el nombre sacrosanto del Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros en el vientre puro y casto de la Virgen María. Nació en Belén y murió crucificado en Jerusalén. Nos dejó como herencia la doctrina cristiana para salvar al hombre y ordenar la sociedad. La Iglesia católica es la encargada de predicar el reino de Dios y su justicia, pero esta predicación recibe ataques desde varios flancos que no quieren que Cristo reine en las personas, en las familias y en la sociedad.
- Monseñor Builes, en esta pastoral, se lamenta del actual paganismo y de la persecución al Hijo de Dios y a su Iglesia.

25 de enero de 1934

JESUCRISTO

(pastoral cristológica)

Monseñor Miguel Ángel Builes

Obispo de Santa Rosa de Osos

Pasó el año de 1933, año centenario de la muerte del Redentor, y entró el año de 1934, el primero del vigésimo siglo de la nueva era. Pero entró envuelto en sombras de ateísmo y de incredulidad, de soberbia y de lascivia, de odio de Dios y de los hombres; en una palabra, de crudo paganismo. No hay paz en el mundo, y una oleada de sangre y de rencor baña las naciones todas de la tierra, desde el oriente hasta el ocaso y del mediodía al septentrión.



Las naciones coaligadas contra Dios y contra Cristo prorrumpen en aquellas imprecaciones de blasfemia de que nos habla el santo rey David: "Rompamos sus cadenas, sacudámonos sus riendas" (Salmo 2, 3). Ese yugo del cual dijo Jesucristo: "Mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mateo 11, 30). El infierno se ha levantado con furia diabólica a destruir a Cristo y cuanto a Él pertenece; y los hombres enloquecidos ayudan al infierno gritando con los labios y con los hechos "Aplastemos al infame" (Voltaire); "Destruyamos a Dios" (Viardot); "No queremos que ese reine sobre nosotros" (Lucas 19, 14); "Borrémoslo de la tierra de los vivos" (Jeremías 11, 19); "Guerra mundial contra Dios, contra toda religión, contra todo sacerdocio" (El Soviet, Mensajero. Bogotá, enero de 1934).

Habiendo extendido el Papa las fiestas centenarias de la Redención hasta el 8 de abril de este año de 1934, siendo por lo mismo un año de gracia para los católicos, quienes estamos en la obligación de reparar en algo a nuestro Señor de tan formidables ultrajes, nos ha parecido bien, amados hijos nuestros, hablaros sobre la persona adorable de Jesucristo en esta pastoral de Cuaresma y excitándoos encarecidamente a que le conozcáis mejor y recordéis cuanto hizo por

nosotros; y para que, conociéndole mejor, le améis con más ardor y le consoléis de las infinitas amarguras con que en la hora presente le está abrevando la humanidad ingrata y rebelde.

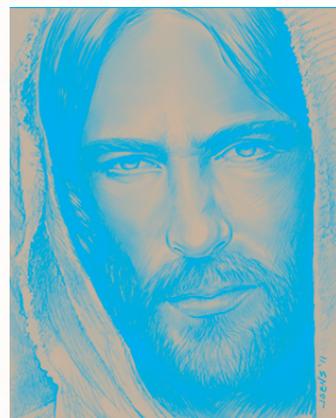
Oh Jesús, difúndase en mis labios tu gracia, enséñame a hablar de Ti y que mis pobres palabras abran surco en las almas; dime, Señor, quién eres Tú; dime lo que has hecho por nosotros y lo que tus hijos debemos hacer por Ti en retorno de tus finezas.

– I –

¿Quién es Jesucristo?

A esta pregunta contesta con sublime sencillez el *Catecismo*: “Es el Hijo eterno de Dios vivo que se hizo hombre para redimirnos y darnos ejemplo de vida”.

Subamos un momento con el espíritu a las mansiones de gloria infinita, donde mora la Augusta Trinidad desde los siglos eternos. Entre los esplendores y cánticos sublimes de los ángeles, goza Dios en sí mismo de sus perfecciones infinitas. El Verbo eterno, el Hijo de Dios, que nace del entendimiento del Padre celestial, es la segunda persona de la Santísima Trinidad, infinitamente santo en sí mismo, ejemplar y modelo de toda santidad en el cual han de troquelarse los escogidos, que, con el Padre y el Espíritu Santo, con un solo *fiat*, crea los espíritus angélicos y lanza a bogar por los espacios infinitos esos focos de luz indeficiente que llamamos astros; asienta sobre bases de granito las montañas; extiende los mares inmensos; viste de suave verdor las llanuras; matiza de flores los prados; puebla de pájaros el aire y de fieras la selva y saca al hombre del barro para luego soplar sobre él un suspiro de su pecho e infundirle un alma inmortal Y el hombre en cambio cabalga en la soberbia y reta al Cielo, desobedece a Dios, y entran en el mundo el pecado y la muerte.



Oye un día el Verbo eterno que es preciso redimir al hombre prevaricador y que para ello se necesita sangre divina. Los ángeles se estremecen y el cielo calla ante el misterio augusto: es que habla a su Padre el Hijo divino: “Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡Aquí estoy, dispuesto –pues de mí está escrito en el rollo del libro– a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (Hebreos 10, 5-7). ¡El Hijo de Dios desciende y en el seno de una Virgen se hace hombre! Es el gran misterio de la Encarnación, principio de la Redención. De sangre inmaculada, ha formado el Espíritu Santo un cuerpo perfectísimo al que unió el alma más perfecta que ha salido ni saldrá jamás de sus manos divinas, y a ese cuerpo y a esa alma se ha unido el Hijo del Altísimo. Arrebatado el evangelista San Juan al contemplar tan sublime misterio exclama: *Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis*. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (cf. Juan 1, 14), frase sublime que explica aquella misteriosa y única unión que se llama la unión hipostática, o sea la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana en la persona del Verbo y que, con palabras de inefable ternura, canta el profeta en el Cantar de los Cantares, describiendo los coloquios de dulcedumbre divina que tienen entre sí el amado y la amada, quienes “se prodigan las más tiernas caricias y se tributan las alabanzas más magníficas”.

En Belén, sobre unas pajas tirita de frío un niño y gime entre sollozos y lágrimas. Es Jesucristo que viene al mundo a vivir con los hombres y conversar con ellos como dijo Baruch: *In terris visus est, et cum hominibus conversatus est* ("Después apareció en la tierra y convivió entre los hombres" [Baruc 3, 38]). ¿No veis en los aires regueros de luz y de armonía? Son los ángeles que cantan el gloria de tal nacimiento y la paz a los hombres de buena voluntad. Le adoran su Madre divina y los pastores, y le ofrecen ricos dones los reyes de Oriente. Pero llora el Niño porque es hombre, aunque sea Dios. La cuchilla de la circuncisión le hiere haciéndole aparecer como pecador, porque lleva sobre sí los pecados de los hombres. Huye de un tirano y en Egipto, desterrado, sufre la pobreza y siente en sus carnes divinas el aguijón del hambre. Vive obediente en Nazaret, aunque es el autor de toda la naturaleza, y en tres dedos maneja la gran máquina del universo, que obedece rendido sus mandatos. Trabaja en Nazaret como un simple artesano, hasta los treinta años, en vida silenciosa y desconocida de los hombres, orando y trabajando, y en la práctica más perfecta de todas las virtudes. "Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lucas 2, 52).

- **Fulgor de su inteligencia**

Ha llegado a los treinta años y está en la plenitud de la vida. Su inteligencia humana, unida a la divina, tiene irradiaciones de divinidad. Desde los doce años habla deslumbrado a los doctores de la Ley que se preguntaban: "¿De dónde le viene a este esa sabiduría y esos milagros? ¿No es este el hijo del carpintero?" (Mateo 13, 54-55). La inteligencia de Jesucristo brilla sobre las demás inteligencias como esplende el sol sobre las estrellas, las que palidecen y se ocultan ante el rey de luz. En esa inteligencia se reúnen la visión beatífica, la ciencia infusa, la visión intuitiva de las almas, las profecías, la universalidad absoluta de todos los conocimientos, de modo que su ciencia es el ejemplar de toda ciencia y el tesoro de toda sabiduría, de la cual debemos beber nosotros. He ahí la inteligencia de Jesucristo.

- **Poder de su voluntad**

¡Ah!, su voluntad, la más santa, la más recta, unida igualmente a la voluntad divina y en una armonía tan perfecta que pudo decir un día: *Quae placita sunt ei facio semper*, lo que es grato a la voluntad divina de mi Padre lo hago siempre (cf. Juan 8, 29). Porque no contrajo el pecado, no cometió el pecado, ni lo podía cometer, porque era impecable y porque no tenía otro querer que el querer divino. No se haga mi voluntad, Padre mío, sino la tuya, exclamó en la hora más trágica de su vida, en la agonía del huerto. Como me ordenó mi Padre así obro (cf. Juan 6, 38). Y obedeció hasta la muerte y muerte de cruz, por lo cual, su voluntad humana fue adornada de tal poder sobre los hombres que, desde el árbol de la cruz, atrajo así la humanidad entera y Dios le dio un nombre sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los abismos. Por eso, al mágico poder de su voluntad, brilló la luz en las pupilas muertas y se soltaron las lenguas mudas, y los sordos percibieron los sonidos, y los paralíticos echaron sobre sus hombros sus lechos, y los leprosos vistieron carne nueva, y los muertos dejaron sus tumbas, los panes y los peces se multiplicaron, los demonios huyeron en tropel, las olas furiosas vinieron humilladas a besar a Jesús sus plantas y el huracán bravío llegó

quedo a acariciar sus crenchas, y hasta salió en efluvios invisibles su virtud por el ruedo de sus vestidos para curar a la hemorroisa afortunada. Poder maravilloso de hacer milagros transmite Él mismo a sus discípulos y a sus santos, desde Pedro hasta Gregorio el Taumaturgo, y hasta la dulce niña que deshoja rosas y derrama pétalos sobre el mundo. Poder subyugador sobre las almas que van tras Él, viven por Él, trabajan por Él, sufren por Él y mueren de amor por Él. Venid tras mis huellas, ha dicho, y millones de mártires han teñido de rojo sus vestidos por Él, y millones de vírgenes se han vestido de blanco para seguir tras el Cordero y cantar eternamente con Él el cántico de la virginidad, y millones de pontífices y confesores y misioneros se han echado por esos mundos en busca de las almas para presentárselas en jarrones florecidos que adornen la eterna mansión. He ahí la voluntad de Jesucristo.

- **Amor de su corazón**

Perdonad, Señor, que penetre hasta las profundidades abismales de vuestro corazón sagrado, para lo cual os ruego que, con carbones encendidos, purifiquéis mis labios como los del profeta Isaías.

En el corazón reside el amor, y el corazón de Cristo es un horno ardiente de caridad, el único corazón que amó a Dios de una manera digna de la divinidad, concentrando en sí toda la fuerza de todos los corazones de los hombres. Quizás los serafines podrían describirnos las efusiones, los efluvios, los torrentes que como lava de volcanes brotaban del corazón de Cristo, cuando pasaba las noches orando a su Padre. Corazón que amó al hombre hasta entregarse por él, corazón que como un hachón de fuego inextinguible vino a prender fuego de caridad en la tierra, sin otro anhelo que incendiar la humanidad, corazón cuyo amor no tiene límites ni en el tiempo ni en el espacio porque fue un amor eterno (cf. Jeremías 31, 3), porque fue un amor sin excepciones, porque fue un amor inmenso. Amó a sus apóstoles, amó a sus enemigos, amó a sus verdugos. Su pueblo le persigue para matarlo y pide su muerte, y Jesús en cambio se deshace en lágrimas y sollozos a la vista de Jerusalén; Judas le entrega con un beso traidor, y Jesús le llama amigo; Pedro le niega, y Jesús en una tristísima mirada hiere con flecha de amor al renegado; sus verdugos le burlan en su agonía Y Él exclama: "Padre, perdónalos" (Lucas 23, 34). Él es padre y es madre y es esposo, y en su corazón encierra las infinitas ternuras de estos tres amores: es pastor y tiene pastos y tiene fuentes purísimas y tiene medicinas para sus ovejitas, las que lleva sobre sus hombros hasta el redil, y las conoce bien y las llama por sus nombres; es maestro, y salen de sus labios torrentes de luz y de verdad, de dulzura, de amor, de consuelos y de paz. Los niños se recuestan sobre sus rodillas y acercan a su pecho las rubias cabecitas; los pecadores como Zaqueo, Magdalena y la Samaritana hallan en Él el corazón que perdona y que redime, y los que lloran afligidos como la viuda de Naín y Jairo y Marta y María, porque sus seres queridos han muerto, encuentran en Jesús el amigo tierno que se estremece y llora con ellos y alivia sus corazones destrozados, con el baño milagroso de su propio corazón divino, convertido en lágrimas, que se vierten como perlas de esos bellos ojos nazarenos. ¡Oh ternura conmovedora de un corazón que llora ante las lágrimas de un padre, de una madre, de unas hermanas huérfanas! ¡Qué divino me aparecéis, Jesús, y qué humano al tiempo mismo, en estas ocasiones en que habéis llorado! Si así es de tierno vuestro corazón, yo no tengo que temer; porque vuestras misericordias y compasiones están sobre todas las obras de vuestras manos.

El corazón de Jesús se mueve a compasión sobre las turbas que tienen hambre y multiplica para ellos los panes y pasa por todas partes haciendo el bien.

El corazón de Jesús nos amó hasta la muerte, nos amó hasta entregarse por nosotros. "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Juan 15, 13), y Jesús la dio. Ama y, en una caverna oscura, bajo la sombra de los olivos, agoniza de tristeza y suda sangre; ama y, encadenado como un facineroso, es llevado de tribunal en tribunal; ama y, atado a una columna, recibe tal lluvia de azotes que brota como arroyos su sangre divina, y cae en jirones por los suelos su carne adorable; ama y una diadema de espinas horada sus sienes; una clámide oprobiosa cubre sus hombros; una caña cual cetro le burla de rey e inmundas salivas le cubren su faz. ¡Oh rostro escupido de mi Dios, deja que en retorno estampe en tus mejillas divinas todos los besos de mi amor y mi ternura! Ama Jesús y, clavado en un madero, se apresta a dar su vida por los hombres; ama y, desde el trono de la cruz, dirige una mirada profunda, inmensamente triste, que se extiende con ansias salvadoras desde la altura del calvario hasta los últimos confines de la tierra y exclama: "Tengo sed de almas", y se inclina sobre su pecho y suspira de amor por ellas; ama y nos da a María como madre, para que también ella nos redima y nos salve; ama y prosigue en oración las tres horas de agonía, hasta que al fin, en un arranque de amor sublime, entrega su espíritu al Padre, haciendo trepidar la tierra, romperse y crepitar las rocas y abrirse los sepulcros; ama y deja que Longinos se acerque a su cuerpo ya muerto, rompa con la lanza su costado y abra de par en par las puertas de su corazón a los mortales, para que entren todos y florezcan en copiosa floración de redimidos, como en un búcaro de oro, en su corazón abierto, sea yo de aquellas flores corazón divino, sean de ellas los hijos todos que Vos me disteis, sobre todo vuestros sacerdotes y vuestras vírgenes.

Amó Jesús y de su corazón divino brotó la Iglesia, brotaron los sacramentos, brotó la eucaristía. Sí, amados hijos nuestros, brotó la eucaristía, ¡la fuente de la vida, la fuente del amor! Amó Jesús y, por medio de santa Margarita María, nos dio una herencia para estos tiempos sombríos: su propio corazón, ese corazón que tanto ha amado a los hombres y de los cuales es tan mal correspondido.

Ama Jesús y a cada alma colma de gracias y dones que solo esa alma, en el secreto de la oración, puede valorar y agradecer. La gracia de la creación, de la redención, de la amistad con Él, de sus consolaciones, de la elección de la gloria.

Ese es Jesús, el divino robador de corazones, de quien el profeta rey dice que es el más hermoso de los hijos de los hombres (cf. Salmo 45, 2), y que en su vida atraía por millares las multitudes y en su muerte atrae desde el madero sangriento los millones de sus hijos que se vienen congregando ante la cruz, ¡hace ya 20 siglos!

– II –

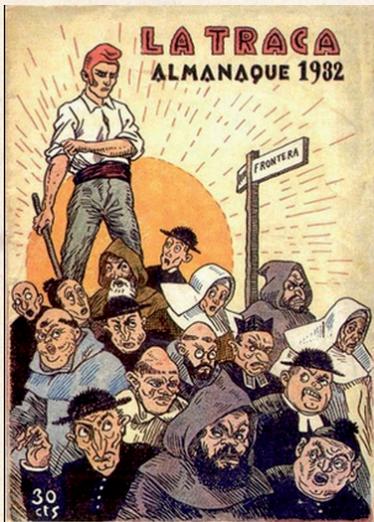
Lo que hacen los malos contra Jesús

Todo esto ha hecho Jesús por los hombres, por puro amor. Pero rugió el infierno y se desencadenó el odio contra ese Dios-Hombre que no hizo más que amar, redimir y salvar. Objeto de contradicción durante su vida santísima, conforme lo había anunciado el santo anciano Simeón, sigue siéndolo después de su muerte y seguirá hasta el fin de los siglos.

Niño aún, le adoran los reyes de Oriente, pero encuentra al punto un enemigo formidable en el lascivo y cruel Herodes, quien le busca con afán para matarlo. Su persona adorable, sus enseñanzas divinas, su Iglesia santa, sus ministros, sus discípulos y seguidores, todo lo suyo es objeto de odio y blanco de los ataques de sus enemigos, quienes de manera encarnizada y furibunda, sin cejar un momento, le aborrecen y le persiguen al través de las edades. Los judíos, sus hermanos, le crucificaron hace dos mil años y los impíos de hoy lo crucifican en su Iglesia, en sus hijos y en su doctrina; los testigos falsos y los fariseos le calumniaron y la soldadesca vil le abofeteó, le escupió su rostro y le azotó, y los librepensadores de hoy prosiguen su fábrica de calumnias contra Él con esa diabólica propaganda de ideas falsas; los ateos le persiguen con sus leyes anticristianas, que le arrojan del corazón del individuo, del seno del hogar, del pueblo cristiano, de la sociedad, de la escuela, de la fábrica y del Gobierno y de todas partes.

Los emperadores romanos y de modo especial Nerón, el más fiero enemigo del nombre cristiano, cobran tal odio a Jesucristo que baila el imperio en toda su extensión con la sangre de 18 millones de mártires; los cristianos son descuartizados, quemados vivos, degollados, cocidos en calderas, echados a las fieras para goce de los tiranos y del pueblo embrutecido, que sonrío de dicha ante las contorsiones de dolor de los que sufren y mueren por Cristo. Sufre Cristo en la persona de sus seguidores.

Cesan las persecuciones y vienen las herejías y los cismas, que arrebatan a Cristo un número incontable de sus hijos. En el siglo XVI aparece el protestantismo, que rasga de por medio la túnica inconsútil de la Iglesia y roba a Cristo la mitad de sus adoradores, La Revolución viene luego con Voltaire y sus secuaces, quienes se forjan este ideal horrible: "Aplastar al infame", es decir, a Jesucristo. Este grito de horrenda blasfemia repercute en todas las naciones de la tierra, y el fuego de la revolución se extiende y se dilata por todas partes con este exclusivo propósito: destruir la religión de Cristo, y para ello eliminar el clero a quien señalan como enemigo de la humanidad y del progreso, según la frase de Gambetta: "El Clericalismo, he ahí el enemigo", y destruir con el clero la doctrina de Cristo y borrar de la tierra de los vivientes su memoria.



Hace un siglo se ensañan contra Cristo la masonería y sus aliados y auxiliares, que son todos los errores modernos y entre ellos el liberalismo, el socialismo y el comunismo, y demás sectas anticristianas, cuya aspiración única es esta: destruir el reinado de Cristo. Y vienen en tropel los corruptores del pueblo, y, por medio de la palabra hablada y de la prensa, de los diarios, las revistas, los folletos, las hojas sueltas, las caricaturas, los cines, el radio y con su misma vida escandalosa y pecadora, se empeñan en borrar las doctrinas del divino Crucificado, arrancar del pueblo el sentimiento religioso y de los corazones el dulce imperio de Cristo.

En el momento actual aparece, en el ciclo de la historia con signos de catástrofe, la bestia apocalíptica que describe san Juan; brama con ronco furor y grita: ¡Dios no, guerra mundial contra Dios, abajo Dios! Es el soviétismo ruso, que invade todas las naciones y se prepara a dar contra Dios y su Cristo la última batalla. Organiza en el mundo entero la propaganda del

ateísmo; ninguna religión puede haber y urge destruirlas todas; por eso establece la liga de los Sin Dios. "Luchar contra el fantasma repugnante de Dios que ha causado un mal diabólico a la humanidad entera en el curso de la historia", así se expresa la liga. "Los bolcheviques odiamos el cristianismo", dijo el Ministro de Instrucción Ruso (1925). "Abajo el amor al prójimo. Lo que nos hace falta es el odio". A la juventud se le forma según este lema: "Tu enemigo es el sacerdote, es la religión; recuérdalo bien: la religión... ese es tu enemigo, el que embrutece a tus padres y a tus hermanos. La religión es el culto del esta lucha", agrega un jefe ruso, "debe tomar carácter de lucha contra Dios, poco importa que se llame Jehová, Jesús, Buda o Alá". "Pero sobre todo contra el cristianismo...". Agrega en seguida: "Hagamos apostatar a los obispos y a los sacerdotes". Esta es su táctica.

Pero los sacerdotes prefieren los tormentos más atroces y la muerte misma, de suerte que han caído martirizados, en solo Rusia durante los 14 últimos años, asombraos, amados hijos nuestros, ocho mil sacerdotes y 83 Obispos (P. Walsh) y han sido deportados 10.000 sacerdotes y 60 obispos, obligados a trabajos forzados a una temperatura de 45 grados bajo cero, muriendo lentamente, víctimas del hambre y de las enfermedades. En estos momentos sigue atroz el martirio de los restantes en las cárceles y el destierro.

En fin, una oleada de paganismo y de cieno impuro envuelve la humanidad, y grita esta como el impío de que nos hablaban los salmos: no hay Dios. Y en lugar de Dios se entroniza la carne con todas sus infamias.

Decidnos, amadísimos hijos nuestros, ¿qué hombre, sobre todo después de su muerte, ha provocado contra sí tantos odios y a lo largo de tantos siglos, odio que se recrudecerá en los últimos días del mundo? Solo a Cristo había de tocar tal suerte. Solo Él puede seguir repitiendo lo que dijo a los judíos: "Pueblo mío, ¿qué mal te hice para que así me crucifiques?"

- III -

Lo que hacen los buenos por Jesucristo



Mas no te aflijas, Jesús querido, que, si los malos han desencadenado contra Ti todas las furias del averno, hacia tus brazos abiertos y tu corazón llagado van también, muriendo de amor por Ti, millones de corazones en todos los siglos, y hacia allá vamos también nosotros, atraídos por el imán de tus amores. Atráenos. Sí, al lado del odio a Jesús está el amor. Allí están esas falanges incontables de apóstoles y de mártires que han derramado su sangre por Jesús; contad, si podéis, esas legiones de hombres, de mujeres, de jóvenes, de doncellas y aún de niños que lo sacrificaron todo, hasta su vida. ¿Habrà prueba mayor de amor que verter su sangre por el ser amado? Ved esos escuadrones de confesores que vivieron y murieron de amor a Cristo; ved esas filas incontables de vírgenes que visten como lirios y llevan sus estolas lavadas en la sangre del Cordero y van siguiendo sus huellas perfumadas al impulso del amor. Ved esas órdenes religiosas que pueblan de contemplativos los claustros y los desiertos, y de monjas santísimas que, como ángeles vestidos de carne, entonan en la tierra el himno de gloria y de amor que cantan los ángeles en el cielo; ved esas multitudes de cristianos que se acercan por millones al sagrario para comerse de amor al que se entra por sus labios hasta el pecho; ved esas victorias

de Jesús que triunfa en los congresos eucarísticos y en las fiestas a su realeza: es el amor de los vasallos que cantan la victoria de su rey. Ved esas Terceras Ordenes de San Francisco y de Santo Domingo, esos millones de hijas de María, esas asociaciones de adoradores nocturnos y de socios del Corazón divino; ved esas falanges de niños que, en alas del amor, vuelan como palomitas blancas en pos de Jesús Niño: a todos los arrastra el amor. Ved esas soberbias catedrales que hieren con sus flechas agudas la techumbre azul, esos templos y capillas donde arde el incienso de la plegaria en los braceros del amor al que se encierra en los sagrarios; ved esos incontables hogares cristianos, donde a la luz muriente de la tarde se reza el rosario y al claror tenue de la aurora se alaba a Dios; ved esos orfanatos y hospitales, donde manos delicadas restañan las heridas y recogen las lágrimas de los enfermos y llagados en cuyas personas ven al que aman sus almas: es el amor a Jesús. Ved en fin esos miles y miles de sacerdotes y misioneros que lo dejan todo para ir con Jesús a segar las mieses ya doradas en las ciudades y en las selvas. ¡Les lleva el amor! Ved esas vírgenes purísimas que, vestidas de blanco, ceñido el cuerpo con cinto humilde, cubierta su cabeza con el velo de las esposas de Jesús, su Cristo divino en las manos y el fuego en el alma, se lanzan por esos ríos y esos montes en busca del salvaje para traerlo rendido a los pies de Cristo. ¡Oh, es el amor, amor sublime, amor heroico, amor inmenso hacia Jesús!

¡Ah no, llores, Maestro, no llores, que, si el mundo fementido te aborrece, son legiones las almas que te adoran y que te aman! ¡Son tus sacerdotes, son tus misioneros, son tus esposas virginales, son los laicos que trabajan por tu gloria! Cada una de estas almas dice:

“¿Sabes cuántas arenas tienen los mares
y el cielo cuántos astros?
Sí que lo sabes. Sí que lo sabes.
Y has contado las brisas,
céfiros y aves.
Pues tantas son las almas que darte pienso.
Y hacer que todas te amen es mi deseo.
¡Y es mi deseo como Tú dar la vida entre tormentos!”.

Así sienten millones de almas que están prontas a morir por amor a Jesucristo.

La obra excelsa de las misiones, tan recomendada por el Papa, lo mismo que la Acción Católica; he ahí, amados hijos nuestros, las grandes obras de apostolado moderno, para propagar el amor a Jesucristo. El apostolado de los legos bajo la jerarquía de la Iglesia cooperará con la reparación, por el amor, del odio de los ateos, los masones y los bolcheviques. El campo de batalla está abierto y el combate está empezado. Nuestros enemigos luchan contra Cristo porque le odian; nosotros luchamos por Cristo porque le amamos y queremos hacerle amar.

La presente pastoral será leída en dos domingos, en las misas principales en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada en Santa Rosa, firmada por nos, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro secretario, a 25 de enero de 1934, día de la conversión de san Pablo apóstol.

+Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos